

DISCURSO

pronunciado por el Sr. Cura D. Juan M. López, miembro de la Academia Filosófico-Teológica de Santo Tomás de Aquino, en la Velada con que dicha Corporación celebró el primer Centenario del Sr. Presb. Dr. D. Jaime Luciano Balmes.

ILMO. SEÑOR:
SEÑORES:

EL maestro es acreedor al afecto de sus discípulos, y su memoria debe ser enaltecida de una manera especial por una generación, según la frase bíblica, esto es, por la generación que inmediatamente recibió los beneficios de su privilegiado talento. Y nadie puede negar que el insigne filósofo D. Jaime Balmes ha sido para los colegios católicos de México un maestro, estudiado con avidez por profesores y alumnos, y cuyas sanas doctrinas contribuyeron en gran manera á la formación intelectual de los pueblos privilegiados con el hermoso idioma de Cervantes.

Mínimo alumno de este Seminario, donde alumbran como estrellas de primera magnitud Tomás de Aquino, su gloriosísimo Patrón; el Aguila de Hipona, profundo doctor de la Gracia, y San Alfonso de Ligorio, el jurisperito perfecto, también ha tenido por más de 40 años al lado de tan egregios maestros como mentor solícito y fácil á Balmes; á quien cabe la gloria de que, sin haber sido declarado texto de los estudios filosóficos, á lo menos, que yo lo sepa, no hubo sin embargo, profesores que no le conociesen, ni alumno que no gustase con fruición la amena y dulce sabiduría de sus escritos; en el concepto de alumno, repito, tengo á mucha honra venir con mi grano de arena literario, y depositarlo al pie del monumento de gratitud que se levanta al publicista católico, á uno de los genios más fecundos que produjo España en el siglo próximo pasado. Y vengo con gozo para obsequiar los deseos de mi Ilmo. y Rvmo. Prelado, sobre cuyas venerables sienes veo reflejarse los lauros inmortales del filósofo de Vich, por celebrarse el centenario de su natalicio en esta respetabilísima Casa solariega de las ciencias y las artes liberales, y para dar un testimonio público de mi acendrado agradecimiento á la renaciente Academia Filosófico-Teológica de Santo Tomás de Aquino, que me ha distinguido grandemente con inscribirme sin ningún mérito en el número de sus socios.

Conozco perfectamente la suma indulgencia del muy ilustrado auditorio al cual me es satisfactorio dirigirme, y en ella me fundo, para venir á hacer, no una disertación, que es incompatible, en primer término, con mi insuficiencia, y después asimismo, con las arduas y cotidianas faenas parroquiales, sino un breve discurso, sobre uno de los selectos y luminosos temas tratados por Balmes, en su arquilla de diamantes. Me refiero á su pequeño pero precioso libro *EL CRITERIO*; (1) es el párrafo 55 del Cap. 22 y último, titulado: "La ciencia es muy útil á la práctica" Suplico vuestra benévola atención:

Fuera de este sagrado recinto de la Sabiduría, es muy común oír: los principios no se han de atender cuando se trata de practicar alguna cosa; los principios se deben abandonar á las disputas de las escuelas; mas en el mundo real se ha de seguir el modo ó rutina que se ha empleado por largos años, porque, se añade con énfasis, sólo esto tiene éxito. Mas el genio, que es la sublime antorcha de las multitudes ignorantes, pone en boca de Balmes este precioso concepto:

"En todo lo concerniente á objetos sometidos á leyes necesarias, claro es que el conocimiento de éstas ha de ser utilísimo, cuando no indispensable. De cuyo principio infiero que discurren muy mal los que, en tratándose de ejecutar, descuidan la ciencia y sólo se atienen á la práctica. La ciencia, si es verdaderamente digna de este nombre, se ocupa en el descubrimiento de las leyes que rigen la naturaleza; y así su ayuda ha de ser de la mayor importancia. Tenemos de esta verdad una irrefragable prueba en lo que ha sucedido en Europa de tres siglos á esta parte. Desde que se han cultivado las matemáticas y las ciencias naturales, el progreso de las artes ha sido asombroso. En el siglo actual se están haciendo continuamente ingeniosos descubrimientos; y, ¿qué son éstos sino otras tantas aplicaciones de la ciencia?"

En las anteriores frases distinguimos dos cosas: la ciencia y la práctica; esta última, puede ser ó legítima, es decir, conforme á los principios ó leyes de la ciencia, ó errónea, desviada de sus luminosos senderos; y de esto habla el filósofo español, y la aplicación suya, aducida del cultivo de las matemáticas y de las ciencias naturales, la podemos llevar hasta sobre las ciencias morales, políticas y teológicas, y decir que cuando los estudios se conforman á los principios inmortales de las ciencias, consideradas en sus respectivas esferas, entonces progresan, abren nuevos y espléndidos horizontes á la

[1] Por inadvertencia se dijo en la introducción de este folleto, que el tema del presente discurso fué tomado del libro "La Religión demostrada al alcance de los niños," debiendo decir, como aquí consta, que lo fué de otro precioso opúsculo del mismo Balmes, llamado "El Criterio."

inteligencia humana, porque las ciencias son, en efecto, un mar sin playas, un océano cuya ilimitada ribera se abisma en las profundidades de la Sabiduría de Dios; mas cuando en los estudios de la misma ciencia sólo se sigue una perniciosa rutina, la mente se precipita en la negra hondonada del error.

Ensayaré á demostrarlo con uno de los errores modernos, llamado liberalismo, sirte seductora que ha desquiciado las constituciones políticas de grandes pueblos.

Todos sabemos que el racionalismo es el sistema de doctrina que admite la razón como única fuente de verdad, con exclusión de la revelación y de la fe; en otras palabras, podríamos asegurar que es el sistema que admite como único objeto de conocimiento las verdades evidentes por sí mismas ó demostrables por la experiencia y el raciocinio, con exclusión de las verdades propuestas por la revelación y aceptadas por la fe. A manera de los grandes criminales que con pseudónimos discurren impunemente por diversos países, el racionalismo con falaces nombres se presenta en varias épocas. En el siglo XVIII el racionalismo se llamó la filosofía, al fin del mismo siglo, la revolución. Bajo el reinado de Napoleón siguió llevando los nombres de filosofía y de revolución; mas estos nombres, sobre todo el de revolución, desaparecen con la restauración de los Borbones; pues no sólo han perdido todo prestigio, si que también son odiosos al poder, porque recuerdan los infortunios de la casa de Francia. Es preciso acatar al poder que los favorece para combatir con más seguridad las ideas que expresan sus nombres, y en este concepto toma el nuevo nombre de liberalismo. Ya en los últimos años del imperio francés se habían oído las palabras liberalismo y liberal. Mas después de 1815 resuenan á menudo en Francia, y con especialidad de 1820 á 1848, son ya los nombres principales, y aun en ciertos momentos los únicos que sirven para designar al racionalismo y á los racionalistas. El liberalismo de Francia fué primero un viento flojo; luego huracán violento; en 1830 estalla la tempestad: entonces se halla en su apogeo el liberalismo. Tal es el liberalismo de allende los mares, cuyos libros é imitación no tardaron en implantarse en nuestro país, y secundado eficazmente de la Masonería, en mantener nuestras discordias y en darse también el nombre de revolución ó Reforma por casi setenta años. Nuestro liberalismo fué menos reflexivo que el de Francia porque era menos ilustrado, siendo nuestros liberales, aún los moderados, no filósofos, en su mayor parte, sino mandatarios famélicos y ambiciosos que tenían las perversas tendencias de sus caudillos; pues aquí en México también se ha exagerado frenéticamente la libertad humana con perjui-

ciode la autoridad divina, la libertad del pueblo con perjuicio de la autoridad soberana. Igualmente han proclamado la libertad de conciencia, de cultos, de palabra, de imprenta, de reunión y de asociación. La libertad de conciencia, que es el pretendido derecho para profesar la religión que se prefiera; la libertad de cultos á la igual publicidad de sus manifestaciones. Dicen más. en virtud de la libertad de conciencia, todo hombre puede admitir interiormente y manifestar exteriormente la fe en Jesucristo ó en Mahoma, hacerse católico, protestante, ó budista, según le plazca. Los liberales rojos aseguran que lo sobrenatural es facultativo. La humanidad halla abiertos dos caminos, ambos llevan á la felicidad: el camino de la razón y el camino de la fe. Puede el hombre seguir alguno de los dos; el primero, si quiere limitar sus deseos á una perfección proporcionada á su naturaleza, es decir, á un fin natural; el segundo, si pretende alcanzar una perfección sobrenatural. Todas estas teorías ó conatos de liberalismo tienden á destruir, en primer lugar, la religión; y así claramente lo han anunciado cuando llaman malas á todas las religiones, porque distraen al hombre de las cosas temporales, lo llenan de vanos temores y ofuscan su corazón con sistemas místicos y metafísicos. Quiénes hay que llaman á la religión inútil, porque, en su concepto, basta la moral; pero el desatino más enorme estaba reservado á los modernos hombres de racionalismo y del liberalismo, que son el positivo naturalismo y su ralea, que no sólo condenan la religión, sino la moral que domina las bajas inclinaciones del hombre. Mas tales aberraciones e deben solamente á que los espíritus en el estudio olvidaron los principios eternos de la filosofía, las leyes en que descansa, como en granítica base, la libertad humana; olvidaron que ésta es tan sólo la facultad electiva de los medios y no del fin; olvidaron que el hombre ha sido criado por Dios y constituido en dos órdenes; inferior el uno, que es el natural, y sobrenatural el otro; olvidaron que el inferior debe sujetarse al superior; olvidaron, en una palabra, las leyes más triviales de la naturaleza, y quisieron pararse legisladores supremos, no siendo sino débiles mandatarios; quisieron copiar lo que practicaban pueblos tomados de delirio insano, sin considerar que las opiniones y sistemas de las naciones extraviadas de la verdad no son sino elucubraciones vanas y quiméricas; *Populi meditati sunt innania*, dijo el Salmista. Las opiniones y sistemas de los pseudofilósofos son solamente oscuras nubes que se posan momentáneamente en frente de los soles incommovibles de la ciencia verdadera.

“La rutina, continúa Balmes, que desdeña á la ciencia, muestra con semejante desdén un orgullo necio, hijo de la ignorancia. El hombre se distingue de los brutos animales por la razón con que le ha dotado el Autor de la naturaleza; y no querer emplear las luces del entendimiento para las direcciones de las operaciones, aun las más sencillas, es mostrarse ingrato á la bondad del Criador. ¿Para qué se nos ha dado esa antorcha sino para aprovecharnos de ella en cuanto sea posible? Y si á ella se deben tan grandes concepciones científicas, ¿por qué no la hemos de consultar, para que nos suministre reglas que nos guíen en la práctica? Véase el estado en que se encuentra la España en cuanto á desarrollo material, merced al descuido con que han sido miradas durante largo tiempo las ciencias naturales y exactas; compárenos con las naciones que no han caído en este error, y nos será fácil palpar la diferencia.”

El atraso de España, del cual habla el filósofo, es común, no hay que negarlo, á nuestra patria. Ridículo sería que hoy me pusiese á lamentar vanamente que lo hayamos heredado de los conquistadores ibéricos, quienes son nuestros progenitores en la mezcla y fusión de su raza con nuestras razas aborígenes; pues basta recordar la justicia y nobleza de estos versos de Peza, quien, refiriéndose á España, dijo: “Entre tus dones heredé tu lengua, —Y nunca la usaré para insultarte.”

A España debemos grandes beneficios que deben hacernos olvidar los defectos de su dominación; pero hay que sacudir esa rutina que marca ya cuatro siglos á pesar del continuo contacto que tenemos con las demás naciones civilizadas; hay que despertar por el estudio y aplicación exacta de los principios científicos; hay que destruir rudamente ese vano prurito, de que todos los jóvenes enferman en los mejores días de su vida, arrastrados por un idealismo perjudicial, por un extravagante romanticismo, cuando no se dejan vencer de peores enemigos; hay que buscar en el asiduo trabajo de la inteligencia y de las ciencias físicas los recursos que hagan grande y esclarecida esta privilegiada región de América, cuyas montañas ofrecen los mayores minerales del mundo; cuyos mares y golfos por su situación geográfica ofrecen risueñas ventajas al comercio marítimo; cuyos valles y montes, abonados por la mano del hombre, presentaran la agricultura más rica del universo. El testimonio de los extranjeros nos alienta al trabajo, pues no cabe duda que la aptitud de los nacionales es la que ha colocado en los primeros puestos de la civilización á Grecia, á Roma y al pueblo alemán moderno, y de los nuestros ha podido decir Alemán, escritor del siglo XVI: “Sobre los in-

genios mexicanos ningunos otros conocemos en cuanto el sol alumbrá que puedan loarse de hacerles ventaja.” El trabajo es necesario, porque el trabajo es la primera virtud del hombre; pero la ciencia es la primera estrella de los campos del trabajo, sin ella el trabajo es estéril é infructuoso. Así nos lo enseña Balmes con estas expresiones: “La práctica sin la teoría permanece estacionaria, ó no adelanta sino con mucha lentitud; pero á su vez la teoría sin la práctica fuera también infructuosa. La teoría no progresa, ni se solida sin la observación, y la observación estriba en la práctica. ¿Qué sería la ciencia agrícola sin la experiencia del labrador?”

Con los esplendores de un astro penetra el gran pensador social en medio de las tinieblas que rodeaban la antigua educación científica, y de las cuales no salen todavía por cierto las escuelas que tienen extensos y cansados programas, y pide la vulgarización de los conocimientos de las artes más usuales.

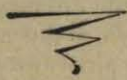
“Los que se destinen á la profesión de un arte deben, si es posible, estar preparados con los principios de la ciencia en que aquella se funda. Los carpinteros, albañiles, maquinistas, saldrían, sin duda, más hábiles maestros si poseyesen los elementos de Geometría y de Mecánica; y los barnizadores, tintoreros, y otros oficios no andarían tan á tientas en sus operaciones, si no careciesen de las luces de la Química. Si una gran parte del tiempo que se pierde miserablemente en la escuela y en la casa, ocupándose en estudios inconducentes se emplease en adquirir los conocimientos preparatorios, acomodados á la carrera que se quiere emprender, los individuos, las familias y la sociedad reportarían por cierto mayor fruto de sus tareas y dispendios. Bueno es que un joven sea literato; pero ¿de qué le servirá un brillante trozo de Walter Scott, ó de Víctor Hugo, cuando colocado al frente de un establecimiento, sea preciso conocer los defectos de una máquina, las ventajas ó inconvenientes de un procedimiento Químico? Al arquitecto, al ingeniero, ¿serán los artículos de política los que le enseñarán á construir un edificio con solidez, elegancia, aptitud y buen gusto, á formar atinadamente el plan de una carretera ó canal, á dirigir las obras con inteligencia, á levantar una calzada, ó suspender un puente?”

Como la inmensa cauda del celestial viajero Halley ha podido llamar la mundial atención por largos días, de igual manera, el anterior estudio social de Balmes engendra profunda admiración por la extensión y profundidad de sus doctrinas. Su mirada de águila se fija en la filosofía como en polar estrella; desde allí, como de gloriosa cumbre, proclama el fin especial de cada educación científica social, de toda educación in-

dustrial, y á ella pide la subordinación de todos los elementos; quiere que el fin sea la primordial causa, el único motivo de todo movimiento, la brújula de toda dirección; pide la ilustración no sólo de las personas que nosotros llamamos profesionistas, sino también de los industriales, de los artistas y de todos oficiales útiles á la república. Proclama la necesidad de hacer popular la ciencia en los artesanos, por la escuela, por la prensa y por todos los medios de ilustración. Si de una parte tenemos en la memoria la fructuosa práctica de los principios científicos de Balmes, y de otra contemplamos los progresos del pueblo alemán, del belga, del inglés y del americano del Norte, diremos que sus enseñanzas son aprovechadas más bien entre los pueblos expresados que en España y en las naciones latino-americanas.

Como un sol de gigantescos resplandores cayó sobre el océano del pasado siglo diecinueve, llamado de las luces, y con razón, pues como brotan flores en primavera y estrellas en una noche de estío, brotaron genios en todos los ramos del saber humano. Las flores se marchitan y caen, las estrellas se apagan ante el fulgor del sol, solamente los genios brillarán perdurablemente. Fué el siglo XIX el siglo del vapor, de los caminos de fierro, del pararrayos, del telégrafo, del fonógrafo y de la electricidad. Descubrámonos con respeto ante sus inventores. Santos astros del progreso material. Mas así como no son las estrellas mayores las que son visibles á nuestros ojos, sino las que se encumbran en regiones superiores, del mismo modo los mayores ingenios de la humanidad no son los inventores de las ciencias físicas, sino los que existen en las regiones más altas de la Filosofía y de la Teología, proyectando su luz purísima á los bellos alcázares de la inmortalidad. Y allí reposa Balmes recibiendo la apoteosis de este siglo; las alabanzas de los pueblos latinos que forman hoy su grandiosa epopeya, y sobre todo, la guirnalda de inmortales rosas, con que España y la América adornan la fecha secular de su glorioso natalicio.

DIJE.



POESIA

con que se terminó la Velada Literaria que la Academia Filosófico-Teológica de Santo Tomás de Aquino dedicó á la memoria del Presb. Dr. D. Jaime Balmes, pronunciada por su autor el Sr. Presb. D. Angel Aranda.

¿En dónde, ¡oh numen! templará su lira,
 En dónde beberá su fuego santo
 El noble corazón que, si suspira
 Al golpe del dolor, entona un canto
 En cuyas notas retemblar se mira
 Una gota amarguísima de llanto?
 ¿Que cuando canta de emoción, ardiente,
 Lo grande, lo sublime, en cada nota
 De la luz de la aurora hay un torrente
 Que en las almas cayendo gota á gota,
 Engolfarse las hace en un ambiente
 De bienandanza y de ventura ignota?

.....
 El pobre rabadán que en la alquería
 Encuentra lo que ansiaran sus amores,
 Para expresar su pena ó su alegría,
 Tiene un símbolo fiel: silvestres flores:
 En campos del saber, la musa mía
 Es un humilde rabadán, Señores.
 Mas, decid: de lo grande en la presencia,
 ¿Quién escapa de verse conmovido?
 Ante el altar que religión y ciencia
 A Balmes hoy levantan, yo he sentido
 Olvidar mi ignorancia y mi impotencia,
 Y á ofrecerle mis flores he venido.

I.

Sobre una roca inconvivable y dura
 La mano del Señor fundó un palacio,
 De tan raro primor en su hermosura,
 Que semeja riquísimo topacio
 Cuya vívida luz tanto fulgura
 Que llega á los confines del espacio.
 Es su interior de singular grandeza,
 Y es lema de sus nobles moradores
 La esperanza en la vida que se empieza
 Donde acaba esta vida de dolores: